

## CAPÍTULO IV.

## Urbanidad y cortesía en el comercio humano.

Después de haber discurrido del juego, trato de la urbanidad y cortesía, prenda necesaria en todo comercio humano, y necesarísima principalmente en el juego. Con mucha verdad se dice comúnmente que en este y en el comer se descubre el que está mal ó bien educado; pues que en tales casos la urbanidad batalla contra dos pasiones fuertes, que muchas veces quedan infamemente victoriosas. Hay personas que parecen maestras de urbanidad: se ponen á jugar y comer, y obran como las mas descorteses. De tales personas se podrá decir que se civilizan, como se domestican las bestias, esto es, quando y como les tiene cuenta. La sociedad humana nos quiere siempre urbanos y corteses; y la naturaleza misma, ilustrada por la buena educacion, suele repugnar tanto á la falta de urbanidad, como á los vicios morales. Aquella es inspirada por la naturaleza, que dicta é inclina á respetarse y honrarse mutuamente los hombres, segun la diversa graduacion de sus clases, como de hijos y padres, de discípulos y maestros, y de súbditos y superiores. A esta inclinacion alude el apóstol San Pablo (1), quando nos aconseja, diciendo: *Honore invicem provenientes.... reddite ergo debita... cui honorem, honorem.* El mismo principio que naturalmente nos hace concebir en el ánimo la justa idea

(1) S. Pablo ad Romanos epist. c. 12. v. 10. c. 13. v. 7.

idea de la atencion y respeto que debemos á nuestros semejantes, nos obliga á manifestarla y practicarla con palabras corteses, y acciones comedidas y obsequiosas; por cuyo medio la naturaleza llega á introducir en la sociedad humana el método seguro de enlazarse gustosamente los hombres con el comercio recíproco y harmónico, y con el buen orden que debe existir en sus varias gerarquías. De aquí proviene que no hay nacion, ni gremio de gentes, por bárbaras que sean, que no tengan su ceremonial escrito ó impreso en la memoria. La razon natural inspira el mútuo respeto de los hombres, y ciertas ceremonias ó acciones exteriores en circunstancias de alegría, dolor, agradecimiento y amor. Las naciones cultas añaden á estas ceremonias, que son efecto del instinto racional, otras, con que se civiliza la sociedad humana, y se enlazan mas estrechamente sus miembros entre sí, y sus superiores. Las naciones orientales miran el ceremonial de la urbanidad, como medio eficaz y necesario para mantener entre todos sus miembros la union y subordinacion debida; y por esto sus respectivos gobiernos cuidan de promover en el pueblo el estudio de las ceremonias, de los títulos, y de las expresiones correspondientes al carácter de cada persona. La nacion china, y otras orientales que siguen su exemplo, han colocado el ceremonial entre las facultades mas necesarias de la literatura de la sociedad civil. Los europeos, ménos ceremoniáticos que los orientales, no dexan de ser exáctos en lo que substancialmente pide la urbanidad, á título de justicia y decencia. Con estas dos relaciones discurriré brevemente de la urbanidad, sin detenerme en criticar la mejor ó peor práctica que de ella hacen las naciones.

## §. I.

## Urbanidad á título de justicia.

Entre las acciones y expresiones de urbanidad, pertenecientes al ejercicio de virtud, que Ciceron (1) llamó observancia, esto es, atencion ó acatamiento, hay unas que son debidas á título de justicia, y otras á título de decencia y buena crianza. Las primeras, de que ahora trato, son inspiradas por la razon natural á todas las naciones, pidiendo la virtud de la observancia, como dice Ciceron, que se distingan con el acatamiento las personas que se aventajan en edad, sabiduría, honor ó dignidad. La urbanidad consiste en acciones de obsequio, y en títulos de honor. A las acciones urbanas pertenece, ceder á las personas mas dignas de puestos honrados, levantarse, ó estar en pie á su presencia, obsequiarlos al recibirlos, despedirlos ó verlos con acciones ó inclinaciones de sumision, segun piden su carácter vario, y la costumbre mas racional de cada nacion. El respeto á las personas de mayor edad es de derecho de la naturaleza; porque en ellas tenemos á nuestros padres, ayos y maestros: y por esto todas las naciones civilizadas, desde la mas remota antigüedad, han respetado y venerado la vejez, como en el libro siguiente se expondrá, tratando del hombre en ella.

A la urbanidad pertenecen de justicia los títulos de honor, que segun dicta la razon, ó se acostumbra en las naciones civilizadas, se dan á las personas

(1) Ciceron, lib. 2. de inventione.

distinguidas por su mérito. Es justo que á cada uno se dé el título que la sociedad le concede por su mérito personal: sin este la sociedad nos debe mirar tan iguales, como nos ha hecho la naturaleza. Los que por su dignidad, que supone siempre el mérito, se aventajan y sobresalen, deben ser distinguidos con títulos característicos de ella; por lo que no sé por qué la política inglesa sufre la rusticidad de los quakers que, afectando simplicidad, han hecho punto religioso de su secta el igualar grandes con pequeños, y el tutearse con el mismo rey. El tutearse, como despues se dirá, seria tolerable; porque aquel que hablando con otro le tutea, usa el artificio justo y gramatical de los idiomas: mas con el tutearse es componible la urbanidad, usando los títulos de honor, que á cada persona convienen, y que por la sociedad se conceden, como premios debidos al mérito.

Aunque es debido que entre los hombres se usen las acciones y expresiones justas de urbanidad, desdice que uno sea avaro ó zeloso, de que se hagan ó digan las que corresponden á su carácter. Por experiencia he observado que los mas zelosos de sus títulos de urbanidad suelen ser los menos urbanos, y mas avaros en darlos á otros, principalmente á los inferiores; y generalmente los de baxo nacimiento son zelosísimos de que les den los títulos de honor que, por fortuna de su habilidad ó mérito, han logrado. En otros tiempos, dice bien Beausobre (1), los títulos eran señales de alguna realidad: ahora los mas son vanidad. Pues para que no sean títulos *sine re*, cada

(1) Beausobre, *Introduzione allo studio della politica*. Ven. 1770. 8. vol. 2. en el vol. 2. §. 76.

uno se contenga en sus verdaderos dictados. Tenga el ilustrísimo el título de ilustrísima, el excelentísimo el suyo de excelencia, el reverendísimo el de reverendísima &c.; pero se advierta que muchas veces la lisonja ofrece títulos incompetentes, y entónces corre peligro de hacer oídos de mercader. En este particular hay algun abuso en varias naciones europeas, y principalmente en Italia, donde el título de ilustrísima, que ántes era propio de los cardenales, y de pocas personas distinguidas por su nacimiento ó puesto, se ha hecho ya tan comun, como el de vm. en España. Personas de grado inferior empezaron á tragarse con gran serenidad este título, que les daban sus dependientes y la gente pobre; y en poco tiempo se ha extendido de manera que ya, para ser ilustrísimo, basta poder mantener un criado, ó dar una limosna. Esta es la causa de que empiezen ya los nobles distinguidos á tomar el tratamiento de excelencia; el qual, despues de pocos años, vendrá á ser tan comun, como es hoy el de ilustrísima. Si esto sucede, se verán precisados á buscar otros y otros títulos; y á este paso, si no se pone remedio, presto apurarán el vocabulario.

Otras muchas acciones y expresiones de urbanidad hay, que hoy pertenecen á esta misma clase. Tales son aquellas expresiones corteses que se acostumbran recíprocamente por todos en las saluciones y cartas, las visitas á los parientes ó amigos enfermos, ó á los que vuelven de un largo viage &c. No es la parte ménos considerable de ella el tratar á los otros de manera que no se dé á entender que desprecian sus personas ó las cosas de sus paises. Hay algunos que á qualquiera parte adonde vayan, todo lo desaprueban, todo les parece mal, y no hay en su boca cosa igual á lo que se halla en su propio pais. Es-

to

to es una gran falta de urbanidad, ademas de ser por lo comun falsedad y mentira. Una y otra cosa es abominable: la mentira infama: la descortesía da en rostro, y mueve la cólera á los hombres.

Lo que he dicho acerca de las acciones y expresiones de urbanidad mencionadas, se puede aplicar á otras muchas de este orden; pues referirlas todas sería cosa muy larga (1).

(1) Trata largamente de los títulos de honor Juan Seldeno, en la obra intitulada: *Tituli honorum*. Francofurt. 1696. 4. volum. 2.

Rr 2

§. II.

## §. II.

*Urbanidad á título de decencia.*

Las acciones de cortesía y urbanidad, que son debidas á título de decencia y buena crianza, suceden comunmente en el trato ordinario de las gentes, como paseos, visitas, convites y otras concurrencias. En esta hay mas anchura y libertad; porque por la mayor parte estan sujetas á ciertas leyes arbitrarias, que varian al paso que varia el capricho de los legisladores. Este género de cortesía, si se contiene en términos prudentes, es útil y aun necesario. Negarla del todo, es rústico; y pasar de los límites de la prudencia, es hacerse ridículo: pero de todos los extremos es peor el primero que el segundo. Sin embargo, para todo hay genios en el mundo. Se ven algunos que se portan como si cada uno de ellos fuera solo sobre la tierra, y como si no hubiera á quien saludar, á quien descubrir ó inclinar la cabeza, ni hacer alguna otra demostracion de obsequio. Los ignorantes los tienen á estos por soberbios y presumidos: los sabios y prudentes los califican de rústicos y necios; y unos y otros tienen razon.

Al contrario, hay otros tan ceremoniáticos y escrupulosos, que para no pecar contra los mandamientos del ceremonial, estudian noche y dia, reduciéndose á esto todo su saber y ciencia. Con el mismo intento, ántes de salir al público, se imponen en su retrete: allí repiten muchas veces las acciones y palabras, de que han de usar en tal concurrencia, tal visita, tal convite &c.: cómo han de poner la boca: dónde han de tener la mano: cómo han de mover los pies. Si por desgracia caen despues en falta, ¡oh Dios!

les

les duele mas que si hubieran quebrantado un precepto del Decálogo. A estos se habia de dar la penitencia de que aprendiesen de memoria todos los galateos del mundo; y por apéndice uno de los libros chinos que tratan de cortesía, el qual contiene mas de tres mil artículos, para que apagasen la sed de aprender ceremonias; pero básteles la pena de ser la burla y fábula de las conversaciones.

Contra este peligro de pecar por exceso en las acciones de cortesía, deben estar los hombres muy sobre aviso para no hacerse ridículos. Es verdad que muchas veces la disonancia proviene de la costumbre y genio diferente de las naciones; y así cada uno deberá acomodarse á las que se acostumbran en el pais donde se halla, aunque sean contrarias á las del suyo propio. Por exemplo, los europeos usan comunmente descubrirse la cabeza por cortesía; y los orientales tienen por indecencia tener la cabeza descubierta aun delante de sus superiores; y por esto el papa dispensa á los misioneros de aquellos paises, que se puedan cubrir en las iglesias. Entre los orientales la salucion ordinaria se hace cruzando las manos sobre el pecho, y moviéndolas afectuosamente con moderada inclinacion de la cabeza; pero quando quieren mostrar particular respeto, juntan las manos, y hacen la inclinacion hasta la tierra. Al encontrarse dos amigos, que han estado ausentes, se hincan de rodillas, y se postran: ceremonia que repiten dos ó tres veces. No era necesaria tanta fatiga para honrarse urbanamente.

Por acá entre nosotros se usan algunas cosas que á ellos también causarían extrañeza; como tanto mover las manos, tanto arrastrar los pies, tanto doblar el cuerpo, y tanto repetir fórmulas hiperbólicas estudiadas, que ordinariamente no son mas que palabras

bras

bras vacías, ó una sarta de mentiras. Verdad es que algo se ha de conceder al ingenio de las naciones. Al frances, quando es saludado, es menester dexar que ponga en movimiento todos los miembros de su cuerpo que parece todo de goznes: al italiano, que hable por todas sus coyunturas: al ingles, que mantenga su silencio; y al español, que guarde su gravedad: bien que el día de hoy todos empiezan á participar bastante del humor frances é italiano. Pero no se ha de conceder tanto al genio de cada uno, que los hombres se hagan ridículos por parecer cortesés.

Este es un achaque que reyna bastante en todas partes: con todo eso juzgo que las naciones europeas, las quales concuerdan mucho en su ceremonial, son las mas moderadas, y las que ménos tienen de ridículo y extravagante en esta materia. Para prueba de esto basta referir simplemente lo que pasa en las visitas y convites de la nación mas culta entre las gentiles, que es la china, cuyo ceremonial han adoptado los japoneses y otras naciones vecinas. Quien va á visitar una persona de grado, da al portero un villete en que está escrito su nombre, sus títulos y el motivo de su venida. Si se recibe la visita, sale el que ha de ser visitado á la puerta de la sala, precedido de dos criados, que le ponen delante una especie de abanico que impida ser visto; el qual retiran luego que pone el pie en la sala el que hace la visita; á quien el amo de la casa dice: *entre el señor*; y el otro responde: *no se atreve el discípulo*. Al punto empiezan á hacer las inclinaciones, genuflexiones, vueltas y revueltas que prescribe el ceremonial, para ponerse á la mano derecha ó á la izquierda. Llegados que son á las sillas, el amo de la casa se inclina profundamente delante de la que ha de ocupar el otro, y la saluda; y este le quita el polvo con la manga ó con

la orla del vestido. Sentado el que hace la visita, tiene los ojos baxos, los pies iguales, las piernas derechas, las manos sobre las rodillas, y está derecho sin recostarse ó tocar á la espalda ó brazos de la silla. Estando en esta disposicion, expone el motivo de su visita; la qual concluida, empiezan otra vez las inclinaciones y genuflexiones como ántes. A doscientos pasos de la casa hay apostado un criado, para que le haga cumplimientos en nombre de su amo: á otros doscientos está otro que hace lo mismo; y entónces se acaba el ceremonial de la visita.

No ménos extraordinarias son las ceremonias de los convites, que las de las visitas. Aunque los orientales suelen comer sentados sobre sus piernas cruzadas, los chinos, á distincion de los otros, usan de sillas. En su mesa la comida es siempre fria, y la bebida caliente. En la China y en el Japon cada convidado tiene su mesa aparte, y observa gran seriedad y silencio. Entre los chinos todos los convidados estan con grande atencion al amo del convite, segun cuyos movimientos comen y beben al mismo tiempo, y con el mismo método que él. Salmon en su geografía dice, que asiste uno que hace como de maestro de capilla, para que todos al mismo tiempo, y con las mismas acciones, tomen del plato cada bocado con ciertos punteros de marfil, que les sirven de cuchara y tenedor; y para que lo lleven todos al mismo tiempo á la boca, y lo masquen. Estos convites parecen ejercicios militares de comida, por la uniformidad de movimientos en todos. Suelen tardar en ellos tres horas sin hablar nada. Los japoneses acostumbran tener música mientras comen, y estan con gran seriedad. Los turquinos comen con tal ansia, y tan apresuradamente que, aunque sean preguntados, no responden hasta haber acabado el plato. Los chinos, ántes de comer

mer los postres, se pasean un cuarto de hora por el patio de la casa. Algunas veces tienen comediantes preparados, y concluido el convite, representan dos ó tres horas en un teatro portátil, para divertir los convidados. Los japones, despues de la comida, se entretienen en cantar, proponerse enigmas, y en otros divertimientos y juegos inocentes. Los juegos de convite no se conocen en esta nacion.

En muchas cosas pecan estas naciones por exceso en sus ceremonias; pero no se puede negar que tienen otras muy dignas de observarse é imitarse. Es muy digna de alabanza la modestia que guardan en sus visitas, aunque por otro lado tengan muchas ceremonias supérfluas. Guardan gran silencio en la mesa; lo qual parece que no dice bien con la alegría de un convite. Harto peor es el bullicio, algazara y libertad que se suelen usar en los convites de Europa. Los manjares y las bebidas perturban fácilmente el ánimo del hombre: tras de esto suele ir la libertad y soltura de la lengua, que sigue los movimientos del ánimo perturbado, y los manifiesta con franqueza. La fantasía caliente con el vino, concibiendo al punto vastos y desatinados designios, hace hablar mas desatinos que palabras; y como dixo el poeta, obliga á descubrir lo que debia estar oculto en las esperanzas, por mas mal fundadas que sean, é incita á arrojarse á las batallas sin armas ni defensa:

*Quid non ebrietas designat? operta recludit:*

*Spes jubet esse ratas, in praelia trudit inermem.*

La razon dicta, y la experiencia enseña, que el modo con que se está de ordinario en nuestros convites, es muy á propósito para perderse unos á otros el respeto y la cortesía; pues cada uno se la pierde á sí

mis-

mismo, descomponiéndose muchas veces en palabras y en acciones que no dicen bien con la buena crianza, ni con los modales que debe tener un hombre de bien. Es de envidiar la seriedad con que los chinos y japones estan en la mesa; porque caso que esto se reputa como mal, es un mal aparente ó pequeñísimo. El verdadero y grande mal es la costumbre de muchos europeos, de gritar, cantar y estimularse á comer y beber con peligro evidente de hacer muchos despropósitos, tanto en hechos, quanto en dichos. Yo creo que los japones y chinos son en este particular mas avisados que nosotros; y que conociendo que los convites son la piedra del toque, en que se conocen los genios y pasiones de los hombres, han determinado mantener la mayor seriedad, para estar mas léjos de perder su reputacion, y para conservar su decoro.

No hablo de los convites de respeto entre personas de alto carácter, en los quales no hay nada que desear, ni de política, ni de moderacion. Sin embargo tambien en estos se ha introducido, de algun tiempo á esta parte, un abuso considerable, y es: que en ellos se tratan ordinariamente puntos de religion. Se juzga política necesaria el no tratar en semejantes ocasiones de materias del gobierno y del estado; y se tiene por conveniente el tratar de cosas tan sagradas en tales circunstancias. Cada uno puede considerar si es esta buena coyuntura para discurrir con acierto entre los mas exquisitos manjares, y vinos mas generosos, de la existencia de Dios, de la verdad de la otra vida, de la iglesia de Jesuchristo, y de otros puntos semejantes. Los discursos serán sin duda como corresponde á las circunstancias: discursos, mas de la fuerza de la pasion, que de la razon; y partos, no de la cabeza, sino del vientre y sensualidad. Yo

TOM. V.

Ss

no

no digo que esto sea descortesía con otros hombres; pero no se puede negar que hablar en tales circunstancias, no por accidente sino de intento, sobre puntos de religion, y decir tantos despropósitos, como frecuentísimamente se oyen, por ser los mas ignorantes los que mas resueltamente dan su voto, ademas del peligro de faltar en la fe, es falta de respeto á la misma religion; á la qual se debe mayor respeto, que á los negocios grandes de estado. Aun en el paganismo fué recibido como cierto aquel proverbio: *Consuetudo disputandi contra deos, est mala, et impia.*

## §. III.

*Observacion crítica de las expresiones de cortesia, que se usan en los idiomas de las naciones civilizadas.*

He discurrido de las acciones y de los títulos de urbanidad y cortesia, segun la idea comun: permítaseme que, segun la mia, quizá particular, observe y analize las expresiones urbanas y corteses del teatro civil, en que el filósofo crítico puede encontrar causas que conspiren á formar feroz ó soberbio, moderado ó inhumano el carácter de varias naciones.

Las locuciones urbanas y corteses, que se han introducido en algunos idiomas, y se usan ya, como si fueran idiotismos de ellos, son señales de la civil urbanidad, que han querido introducir las naciones que los hablan; mas tales locuciones, instituidas con el buen fin de hacer comunes la humanidad y civilizacion, suelen influir á promover la altanería y soberbia. La lengua, cuyas expresiones corteses, y cuyo tratamiento cortés se deben empedrar con repetidos y fastidiosos títulos de vuestra excelencia, señoría &c. no da lugar ni ocasion al desahogo de la humanidad; ántes bien tiene á esta en continua enfadosa sujecion. Es cosa verdaderamente fastidiosa y ridícula, oír hablar á dos personas sumamente exáctas y cuidadosas de no pronunciar jamas solos los verbos relativos á ellas, sino siempre con la importuna y molesta añadidura de vuestra excelencia, señoría &c. Se ven tal vez algunas personas, que hablándose estan ménos atentas al discurso, que á observar si á cada verbo se pone la dicha añadidura, quando y como ellas juz-

gan que se debe poner ; y si no se ponen , se creen ofendidas. ¡Quantas veces la omision accidental de tales añadiduras , que repugnan á la brevedad , eficacia y hermosura del discurso , ha dado motivo á desazones y discordias , y ha hecho que familias conciudadanas , amigas y aun parientes , huyan de tratarse , como si alguna de ellas estuviera descomulgada ! No es pues útil á la sociedad , sino ántes bien perjudicial , la locucion que , aunque sea cortés en sí , puede dar motivos de discordias , fomenta la altanería , é impide el desahogo honesto de la humanidad. Por lo contrario es loable y utilísima la locucion cortés de aquellas lenguas , en que , usando al principio del discurso los títulos corteses que corresponden al carácter de la persona con quien se habla , como señor duque , señor marques &c. , se continúa despues hablando con expresiones propias del idioma , y correspondientes á las circunstancias del discurso , y de los que le hacen , sin afearle , ni prolongarle con la importuna repeticion de títulos. Así lo hacen los romanos , y comunmente las naciones antiguas , que trataban de *tú* , haciendo preceder al discurso el título cortés de la persona con quien hablaban. Así tambien los franceses , á quienes procuran imitar los ingleses , confunden ó tratan á toda clase de personas , hablándoles de *vos* ; y este mismo tratamiento se usó antiguamente en Italia , como se infiere de la práctica que aun dura en el vulgo de la Umbría y Sabina , de los estados eclesiásticos , y en el de varias provincias del reyno de Nápoles. Los italianos inclinados generalmente al uso del tratamiento humano de *vos* , se lamentan de que los españoles , dominándolos , han introducido en su lengua el tratamiento cortés de *él* , *ellos* , *ella* y *ellas* ; y resisten á su prescripcion ; pues al tratarse algo personas iguales , que ántes no

se

se han conocido , luego empiezan á hablarse de *vos*. El español antiguamente se trató de *él* y *ella* , y despues añadió el título de *vuestra merced* , desfigurando notablemente en la palabra *usted* , que suena continuamente en sus bocas ; y es la que saben todos los forasteros que han oido hablar á los españoles quatro palabras. El título de *usted* , en el uso comun , tiene los mismos inconvenientes que ántes se han notado en los de *vuestra excelencia* , *señoría* &c. ; por lo que me parece que no haria mal el que le desterrase del idioma español.

Las expresiones corteses y urbanas , no los títulos secos de honor , tienen notable influxo para humanizar y amansar la fiereza y soberbia de las naciones poco cultas. La verdadera civilizacion ó cultura no consiste en los títulos pomposos , con que se fomentan la altanería y soberbia , como sucede entre muchas naciones orientales , sino en las expresiones corteses de bondad y moderacion de quien las dice , y agradecimiento y estimacion de otros. Cortés y humanísimo es el que acata á todos , los saluda con palabras y acciones de obsequio , y corresponde prontamente con expresiones de bondad , agradecimiento y aprecio á todos por qualquiera sombra de favor ó atención á su persona , ó á cosa que le pertenezca. Este modo de hablar será verdaderamente urbano y cortés : será breve , eficaz y hermoso ; y no el que está empedrado de continuos títulos de vuestra excelencia , señoría , merced &c.

No por esto critico la lengua española , en la que , si hallo el comun uso de la palabra *usted* , que hoy no es necesaria , reconozco que esta palabra en su origen le era ornamento. En las naciones , á proporcion que crecen en antigüedad ó grandeza , suele hacerse inútil la legislacion antigua por variarse

cir-

circunstancias substanciales en ellas ; y por esto la necesidad y prudencia piden nuevas leyes mas útiles. Crecen los vicios de espíritu y cuerpo á proporcion que las naciones crecen en antigüedad : en ellas se muda su carácter ; y lo que ántes conspiró á hacerle bueno , puede ahora malearle. Con estas proporciones , que se verifican en todo lo que no pertenece á la bondad absoluta é intrínsecamente moral, que siempre es y será la misma , quiero decir que la nacion española en la remota antigüedad fué loablemente exácta en el uso de sus títulos corteses , ántes necesarios , y ahora inútiles. Los españoles , al establecerse su nacion , pocos en número , y estrechamente unidos , vivian con suma igualdad , como hermanos de una gran familia ; y porque en esta el derecho de pertenidad y ancianidad , que entónces era el único de preferencia y honor , exigía expresiones de respeto , se introduxéron estas en la lengua , en lugar de los títulos de duque , marques &c. que entónces no se conocian , y se han inventado despues para distinguir el vario carácter de las personas. Las expresiones corteses estaban antiguamente internadas en la misma lengua , y se le hicieron naturales , por lo que era cosa supérflua inventar títulos de cortesía. No se juzgue aérea esta idea de que encuentro , sino demostracion , á lo ménos una prueba clara , archivada en la boca de los que tenazmente conservan al antiguo idioma español , que es el cántabro. Si hacemos analisis de las expresiones corteses , que en este aun se usan por los vizcaynos , guipuzcoanos y navarros , que le hablan , hallaremos que los españoles tienen por herencia antiquísima las locuciones distintivas del carácter de las personas con quienes hablan : examinemos pues algunas palabras corteses del cántabro.

En

En este el tratamiento familiar y cortés se usa hablándose de tú , como lo dicta la razon ; mas al pronombre *tú* corresponden en cántabro las palabras *bi* , *bic* , *eu* , *euc* , que se usan en el tratamiento llano ; y las palabras *zu* , *zuc* , que se usan en el tratamiento cortés. Se usan tambien las palabras *zeu* , *zeuc* en lugar de *zu* , *zuc*. Los pronombres cántabros , *herrori* , *herrorec* , que significan tú-mismo , y se componen de *bi* (tú) y de *ore* (eso mismo) , se usan en tratamiento respetoso. Así pues , las palabras *bi* , *zu* , *herrori* significan *tú* ; mas *tú* del tratamiento llano : *tú* del cortés ; y *tú* del respetoso. En este último tratamiento se añade la palabra *mismo* , para dar mas autoridad á la persona de respeto con quien se habla.

El cántabro , no contento con civilizar su lengua , diferenciando la palabra *tú* , segun el carácter de la persona con quien habla , ha diferenciado tambien la segunda persona del singular de los verbos , haciendo unas terminaciones de ella mas corteses que otras. Así el cántabro dice de tres maneras esta expresion *tú comes* : dice pues *jatendezu* , tratando cortesmente : y *jatendec* ó *jatenden* , tratando llana ó familiarmente. El vizcayno , viendo comer á su padre y hermano , á este dirá *jatendec* , y al padre dirá *jatendezu*. Si se hace analisis de estas palabras , se hallará que *jatendezu* se compone de *jatende* , y del pronombre cortés *zu* ; y que *jatendec* se compone de *jatende* , y de la letra final del pronombre llano *bic* : por tanto se infiere que la composicion de estas dos segundas del singular del verbo *jan* (comer) , es posterior al uso que los cántabros hacian del pronombre cortés *zu* , y del llano *bic*. El cántabro añade á sus verbos otra perfeccion distinguiendo en ellos los géneros de masculino y femenino. Debemos confesar que